

Ir en Junta, Pedir Cola, Mulear

<https://doi.org/10.22151/politikon.6207>

Tania BONILLA MENA

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador (FLACSO)

tlbonillafl@flacso.edu.ec

IR EN JUNTA, PEDIR COLA, MULEAR: *Tres conceptos emic derivados de la experiencia migrante venezolana que han transitado por el corredor migratorio sur-sur en el contexto sudamericano. Ir en junta denota la organización colectiva del desplazamiento, particularmente entre mujeres y familias, como una práctica situada de cuidado mutuo y protección frente a las violencias del tránsito. Pedir cola nombra un saber encarnado y generizado mediante el cual las personas migrantes solicitan transporte a conductores particulares o de carga como un medio para avanzar sin contar con recursos económicos, conociendo los códigos del camino como estrategia política y de supervivencia. Mulear consiste en subirse a escondidas a la plataforma de un tráiler, y captura una forma de movilidad clandestina sostenida por el conocimiento migrante compartido y la solidaridad. En conjunto, estas prácticas y estrategias constituyen una epistemología vernácula: formas de resistencia y cuidado que reivindican a las personas migrantes como sujetos políticos.*

Palabras clave: migración venezolana; epistemologías migrantes; conocimiento encarnado; prácticas de cuidado en tránsito diferenciadas por género; lenguaje vernáculo

Este texto se sitúa en las luchas y conocimientos migrantes. Retomo aquí las narrativas de 66 personas migrantes venezolanas¹ que han transitado por el corredor migratorio sur-sur en el contexto sudamericano. Se trata de un intento por plasmar, desde sus propias expresiones, sus experiencias encarnadas, afectos, deseos, sufrimientos, redes de solidaridad y prácticas de cuidado, lo que significa estar en tránsito. Se presta especial atención a cómo las personas migrantes dan sentido y movilizan estrategias para sostener la vida y cuidarse mutuamente — ya sea en la ruta o en los espacios de

¹ Los datos proceden de mi investigación doctoral, basada en un trabajo de campo realizado en las ciudades fronterizas ecuatorianas de Tulcán (frontera norte con Colombia) y Huaquillas (frontera sur con Perú) entre octubre de 2021 y agosto de 2022. El estudio empleó un enfoque etnográfico multisituado y multiescalar que incluyó 66 entrevistas en profundidad con migrantes venezolanos indocumentados (40 mujeres y 26 hombres), observación participante en albergues, transporte público, carreteras y parques, y un taller de cartografía con mujeres migrantes destinado a comprender las distintas experiencias fronterizas encarnadas. Se realizaron más entrevistas con mujeres debido a las condiciones de género del trabajo de campo. Los albergues, principales puntos de acceso, funcionaban como espacios feminizados en los que se podía establecer confianza, moldeados tanto por mi posición de género como por mis prácticas de autocuidado como investigadora. Las entrevistas con hombres tuvieron lugar en puntos de hidratación, comedores comunitarios y fuera de las oficinas de ONG, donde las largas filas de espera, para recibir ayuda humanitaria, permitían mantener conversaciones prolongadas.

espera— frente al recrudecimiento de las políticas de control migratorio² y al continuum de violencias que enfrentan por el hecho mismo de estar en movimiento, desafiando y desdibujando fronteras.

Los conceptos emic “ir en junta”, “pedir cola” y “mulear” constituyen puntos de entrada analíticos que forman parte de la memoria migrante venezolana y de sus movilidades precarizadas. Este texto contribuye al enmarcar estas prácticas y expresiones como lenguaje vernáculo, ampliando el vocabulario del campo de estudios sobre movilidad y cuidado y, paralelamente, evidenciando el impacto humano de las políticas de control migratorio en América Latina y el Caribe, así como reconociendo a las personas migrantes como sujetos políticos, al tiempo que pone en el centro los conocimientos producidos desde sus propias epistemes migrantes.

La literatura que inspira este escrito retoma los aportes de la autonomía de la migración (Papadopoulos y Tsianos 2013; Casas-Cortés y Cobarrubias 2019) y la geopolítica feminista de la espera y el cuidado (Conlon 2011; Hyndman 2012; Hyndman y Giles 2011). La articulación de estas entradas teóricas permite centrar las experiencias encarnadas y la agencia de las personas migrantes, más allá de las restricciones de los controles fronterizos. La geopolítica feminista enfatiza el cuerpo como sitio de conocimiento, destacando las “epistemologías encarnadas” (Hyndman 2012). Este enfoque revela que el cuidado, la espera y el movimiento no son solo prácticas sociales y espaciales, sino también experiencias encarnadas que configuran cómo las personas migrantes habitan, resisten y navegan la precariedad de la movilidad, diferenciada por género.

Estos tres conceptos emic están intrínsecamente ligados a las movilidades venezolanas, que tomaron fuerza a partir de 2017 y que ha llevado a casi 7,9 millones de personas a abandonar su país, de manera voluntaria o forzada (ACNUR 2025). A lo largo de estos ocho años, esta migración se ha caracterizado por trayectorias marcadas por el caos, la ausencia de un destino fijo y diversas (in)movilidades —muchas veces acelerada otras marcadas por la espera— entre múltiples ciudades y países. Se trata de desplazamientos atravesados por la multidireccionalidad: salir, retornar, volver a migrar. Por lo tanto, migrar se ha convertido en una estrategia para sobrevivir, donde el estar en movimiento ya no es una excepción, sino una forma de vida.

² Las políticas migratorias pasaron de medidas abiertas a otras restrictivas y disuasorias, entre las que se incluyen los visados humanitarios, la regularización temporal, el cierre de fronteras y la militarización. Ecuador introdujo el visado humanitario en agosto de 2019, restringiendo el acceso a migrantes indocumentados, siguiendo los pasos de Chile (Visa de Responsabilidad Democrática, 2018) y Perú (junio de 2019). Estas condiciones han empujado a muchos migrantes a cruzar por rutas irregulares, conocidas como trochas. En este contexto, los venezolanos se enfrentan a un marco regional de políticas migratorias securitizadas que contribuye a su criminalización y deshumanización.

Ir en junta

“Ir en junta” significa estar acompañade y deriva de la idea de “juntarse”. Pero ¿juntarse con quién, para qué y por qué? En el contexto de una migración precarizada —marcada por las múltiples crisis estructurales que atraviesa Venezuela: económica, política, sanitaria y de seguridad—la fuga se ha convertido en una respuesta colectiva. Sin los recursos económicos para financiar un proceso migratorio individual, muchas personas salieron del país formando grupos para compartir el camino. Son las mujeres quienes se organizan desde sus barrios para emprender el viaje junto a sus hijos —bebés, niños, adolescentes— personas de la tercera edad, mujeres embarazadas, y con sus familias nucleares o extendidas. También se forman “juntas” entre adolescentes, vecines o amigos. Sin embargo, estas “juntas” no solo se conforman al momento de partir, sino que también se configuran durante la experiencia social del tránsito, al encontrarse con otros en movimiento, no solo venezolanos, sino también migrantes de otros países, especialmente colombianos y cubanos. Varias madres migrantes relatan que, al cruzar por Colombia, Ecuador, Perú o Chile, se encuentran con otras mujeres que también viajan con niños y deciden unir fuerzas para cuidarse, protegerse mutuamente, compartir lo poco que tienen y sostener la vida en tránsito. Estas prácticas ejemplifican lo que algunas autoras han denominado economías de cuidado en movimiento (Álvarez-Velasco y Varela-Huerta 2022).

Aunque la expresión “ir en junta” no es utilizada exclusivamente por mujeres migrantes que son madres, para ellas adquiere un significado particular. Se trata de una estrategia de cuidado situada: mujeres que salieron de Venezuela con sus hijos —bebés, niños, adolescentes— y que, en el camino, se alían con otras mujeres para construir redes de protección mutua. Estas “juntas” implican organizarse para mantenerse alerta ante los peligros de la ruta —asaltos, robos, abusos— y también para resistir el agotamiento físico: se turnan para dormir en la calle, vigilan durante la noche y sostienen colectivamente la tarea de cuidar mientras algunas logran descansar. De igual manera, se forman “juntas” entre familias nucleares y aquellas que se van ensamblando a lo largo del camino, práctica que puede entenderse como parte del proceso de familiarización de las migraciones (Pedone y Varela-Huerta 2025).

Pedir cola

Una de las estrategias entre las personas migrantes venezolanas en movimiento es “pedir cola”, una expresión que se refiere a solicitar transporte a conductores particulares o de carga como un medio para avanzar sin contar con recursos económicos. “Pedir cola” implica conocer los códigos del

camino: identificar los puntos estratégicos de espera, como peajes, gasolineras, semáforos; saber cómo acercarse a los conductores, qué decir y cómo comportarse; y entender cuándo insistir o cuándo dejar pasar una oportunidad. Esta es una práctica diferenciada por género: mujeres y hombres despliegan distintas performances corporales, evaluaciones de riesgo y estrategias comunicativas al acercarse a los conductores, moldeadas por expectativas sociales de vulnerabilidad y confianza. En consecuencia, “las juntas” compuestas principalmente por mujeres y niños tienden a ser más exitosas, mientras que los hombres recurren con mayor frecuencia a “mulear”. Estas distinciones se aprenden mediante la experiencia encarnada, intuición colectiva y, muchas veces, la protección que ofrece el ir “en junta”.

Mulear

Cuando “pedir cola” no da resultado, surge otra estrategia: “mulear”, que consiste en subirse a escondidas a la plataforma de un tráiler —conocida como mula— sin que el conductor lo note. Se trata de un recurso extremo, pero habitual, cuando no hay suficientes recursos económicos para continuar el viaje. Mulear, práctica predominantemente masculina, requiere de un conocimiento compartido que circula entre las personas migrantes en la ruta: saber si una mula está vacía o ya está “ganada”; identificar el momento propicio para subirse; y prepararse para trayectos largos y destinos inciertos. Cuando una mula está “ganada”, quienes ya la ocupan impiden que otros suban, no solo por la limitación de espacio, sino también por el riesgo de robos o enfrentamientos.

Las familias o “juntas” que se forman en el tránsito y que recurren a esta práctica toman precauciones adicionales: llevan comida, cuerdas o sábanas para sujetarse, y organizan turnos de vigilancia y cuidado mutuo. La plataforma de la mula es un espacio donde tanto los cuerpos como las emociones están expuestos al riesgo. Los niños juegan un papel central: inventan juegos de bajo movimiento, cantan, comparten experiencias y forman sus propias juntas en la mula al encontrarse con sus pares. Objetos valiosos, como mochilas, ropa o juguetes, se pierden con frecuencia en la prisa por descender, una pérdida que puede resultar especialmente dolorosa para ellos.

Para cerrar, “ir en junta”, “pedir cola” y “mulear” forman parte de las estrategias individuales y colectivas que las personas migrantes venezolanas despliegan para mantenerse en movimiento. Estas expresiones reflejan una mirada desde la desobediencia migrante y la rebeldía, a la vez que nombran, a través de sus propias palabras, cómo (re)crean formas de cuidado y protección al estar en movimiento.

Referencias

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). 2025. *Emergency Appeal: Venezuela Situation*. Consultado el 1 de febrero de 2026.
- Álvarez Velasco, Soledad, y Amarela Varela Huerta. 2022. “En el camino, ¿si nosotras no cuidamos, quién entonces? Mujeres, epidemiología popular migrante y economía del cuidado en los corredores migratorios de las Américas en tiempos de COVID-19.” *Tramas y Redes* 3: 23–53.
- Casas-Cortés, Maribel, y Sebastian Cobarrubias. 2019. “La autonomía de la migración: Una perspectiva alternativa sobre la movilidad humana y los controles migratorios.” *EMPIRIA: Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 46: 65–92. <https://doi.org/10.5944/empiria.46.2020.26967>.
- Conlon, Deirdre. 2011. “Waiting: Feminist Perspectives on the Spacings/Timings of Migrant (Im)mobility.” *Gender, Place and Culture* 18 (3): 353–360. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2011.566320>.
- Hyndman, Jennifer. 2012. “The Geopolitics of Migration and Mobility.” *Geopolitics* 17 (2): 243–255. <https://doi.org/10.1080/14650045.2011.569321>.
- Hyndman, Jennifer, y Wenona Giles. 2011. “Waiting for What? The Feminisation of Asylum in Protracted Situations.” *Gender, Place and Culture* 18 (3): 361–379. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2011.566347>.
- Papadopoulos, Dimitris, y Vassilis S. Tsianos. 2013. “After Citizenship: Autonomy of Migration, Organisational Ontology and Mobile Commons.” *Citizenship Studies* 17 (2): 178–196. <https://doi.org/10.1080/13621025.2013.780736>.
- Pedone, Claudia, y Amarela Varela-Huerta. 2025. “La familiarización de las migraciones en los corredores migratorios de América Latina, una aproximación teórico-metodológica.” *Migraciones Internacionales* 16 (24): 1–22. <https://doi.org/10.33679/rmi.v1i1.3197>.